Angeles del Seminario

OBRA PONTIFICIA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

Año V - Núm. 31 Barcelona Octubre 1944

EL AMIGO FIEL

He visto un cuadro muy hermoso que me ha gustado mucho. Y en seguida he pensado en vosotras. Veréis como es:

Hay un camino con muchas flores, con árboles muy bellos. Una niña de pocos años, rubia como el trigo, corretea ligera detrás de las mariposas que van volando de flor en flor. En su carita se refleja la alegría que tiene de jugar por el campo. Su mirada está fija, llena de ilusión en aquella mariposa de pintados colores que quiere alcanzar. Cuanto más se aleja, más quiere tenerla, y corre, corre en pos de ella...

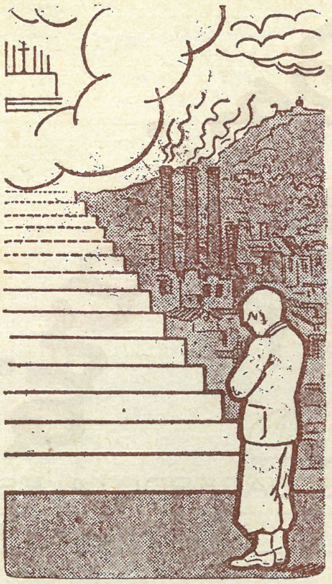
Mas, ay, que el camino da una vuelta, y, de pronto, un abismo se abre, profundo, a los pies de la niña. Entusiasmada mirando la mariposa, no lo verá, sus pasos se perderán en el vacío, y se caerá irremediablemente... ¡Pobre niña!

Pero no temáis. Por encima de ella, cobijándola con sus alas, un ángel hermosísimo la está mirando. Tiende la mano para cogerla, solícito, y a la niña no le ocurrirá ningún mal, porque el ángel no lo consentirá.

Ya lo habéis adivinado. Es el ángel de la Guarda. El amigo fiel que el Señor ha puesto a nuestro lado para que nos guarde y nos guíe y nos enseñe. Para que nos conduzca a Dios por los caminos de este mundo tán llenos de peligros.

Pensad a menudo en el ángel que os acompaña siempre. Ha de ser vuestro mejor amigo; invocadle cuando os cueste ser buenas y obedecer y estudiar. Cuando os veáis en algún peligro o cuando tengáis miedo...

Y pedidle también que os enseñe a cumplir vuestra misión de Angeles del Seminario, para que, con mucho fervor, empecéis el curso dispuestas a ofrecer oraciones, sacrificios y limosnas para el Seminario y los sacerdotes.



UN NUEVO CURSO

Ya se terminaron las vacaciones... ¿Qué pena, verdad? Os gusta tanto a todas correr por los bosques y por los prados, o bien jugar con la arena en las orillas del mar, que claro... ahora os viene un poco cuesta arriba pensar en el colegio, en los libros y en vuestros deberes de estudiantes.

Pero yo sé también, que tenéis todas una cabecita que piensa y que desea ser útil el día de mañana, y para conseguir esto, sabéis muy bien que hace falta formarse, aprender muchas cosas, y corregir defectos que seguramente todas tendréis.

¿Verdad que deseáis ser útiles dentro de vuestra familia, en vuestra Parroquia y también, por qué no decirlo, *deseáis ser útiles a la Santa Iglesia?*

Mirad; nos podemos representar a la Santa Iglesia como un cuerpo que está compuesto de muchos miembros. En el cuerpo, como todas sabéis, hay miembros muy importantes, y otros que no lo son tanto, pero fijaos que todos son necesarios para que el cuerpo viva y se desarrolle.

Pues bien, esos miembros que componen el cuerpo, que es la Iglesia, somos todos nosotros; los sacerdotes son esos miembros importantes y las demás almas buenas forman esos miembros pequeños, pero que, como os decía, son también necesarios para la vida del cuerpo.

Vosotras, Angeles del Seminario, sois ahora esos pequeños miembros de la Santa Iglesia y debéis formaros bien para ser el día de mañana miembros útiles que ayuden a los demás y que contribuyan a la hermosura de esta Iglesia Santa, tan amada de Jesucristo.

¿No os parece motivo suficiente para empezar el curso con interés y entusiasmo?

La Beata Imelda

La mamá de Imelda no tenía hijos y como deseaba mucho tenerlos rezaba a la Virgen y le pedía se los concediera. Y la Virgen la escuchó y le mandó a una niña, bella como una flor de pureza y de bondad.

Pero a los nueve años tuvo que dejar a sus papás y la hermosa casa en que vivía hasta entonces para ir al colegio a instruirse y prepararse para recibir a Jesús. ¡Lo deseaba tanto la pequeña! Tanto, que aceptó sin llorar demasiado la pena de separarse de sus padres y de sus queridos pobrecitos que le gustaba tanto socorrer y ayudar.

Ya en el colegio pedía continuamente a los superiores y a las Religiosas que le dejasen hacer la primera comunión. ¡Amaba tanto a su Jesús!...

Pero entonces no era como ahora, que las niñas desde siete años ya podéis recibir a Jesús. Entonces les contestaban siempre: "Eres demasiado pequeña..."

Hasta que un buen día, la víspera de la Ascensión, Jesús mismo en la Hostia Santa voló a posarse sobre la cabeza de la pequeña Imelda... El sacerdote tuvo que darle la Sagrada Comunión al ver tan claramente que era deseo del Señor.

Y en la unión con su Jesús, Imelda murió de gozo y de amor y se fué al Paraíso.

Con Censura Eclesiástica — Secretariado de J. F. de A. C. - Rbla. Cataluña, 32. Barcelona — 23703 - Altés